

IV

DEL PECADO DE ADÁN, CAUSA DE LA IGNORANCIA.—DEL ORGULLO  
ORIGEN DEL PECADO

A la más grande de todas las culpas se siguió el más solemne de todos los juicios. Los culpables, cuyos ojos se habían abierto de súbito, vieron caer á sus pies su resplandeciente vestidura; y advirtiéndolo su desnudez, cubrieron con hojas sus carnes corridos de vergüenza; y en aquella hora misteriosa y apacible en que se confunden suavemente los últimos rayos de la luz con las primeras sombras de la noche, una voz llena de terrible majestad despertó todos los ecos del Paraíso. Llenáronse con su estruendo de pavor los transgresores de la ley, y buscaron refugio contra su Dios en las espesuras del bosque; como si su Dios no hubiera plantado aquellos bosques, y no supiera los caminos de aquellas espesuras; y caídos en su mano, y puestos delante de sus ojos, se siguió primero aquel breve y tremendo interrogatorio, en que ellos mismos dieron testimonio contra sí, y después aquella terrible y única sentencia que está resonando perpetuamente en los oídos de los hombres; y porque Adán había sido engañado por la mujer, y la mujer por la serpiente, proporcionándose la pena á la gravedad de la culpa, la serpiente quedó sujeta á la mujer, y la mujer á su marido: y aquella inexorable sentencia se está cumpliendo en todas sus partes todos los días, sin que contra ella se dé ni alzada ni remedio. Por lo que hace á la serpiente, quedó sujeta en el Calvario; por lo que hace á la mujer, su condenación se ha cumplido y se cumple de manera que aún no ha llegado á su mayor edad en ninguna región del globo y en ningún período de la historia.

El hombre, autor del mal porque lo era del pecado, se sujetó á su imperio, el cual se ejerce por el ministerio de la

ignorancia, de la enfermedad y de la muerte. *Catholicae fides est: omne quod dicitur malum, aut peccatum esse, aut poenam peccati.* (San Agustín.)

Ya dijimos que el pecado en general no era otra cosa sino el desorden, ni el desorden otra cosa sino el mal por excelencia; aplicando estos principios al pecado de Adán, se ve claro que no fué otra cosa sino la alteración radical del orden primitivo. Consistía éste en que el hombre entendiese en Dios y por Dios, autor de su entendimiento; en que se moviera á impulsos de la voluntad divina, en donde tuvo su origen la voluntad humana; en que viviera exclusivamente en Dios y para Dios, autor de la vida. Según el orden divino, lo que era *diverso* debía tener su fin en donde estaba su principio, es decir, en lo que era *uno*. El orden consistía en esta unión perfecta é inalterable de lo uno con lo vario, del Criador con la criatura, de Dios con el hombre.

Cuando el hombre quiso aprender la ciencia del bien y del mal fuera de Dios, desunió el entendimiento divino y el humano; y así como la unión primitiva había sido la causa de la ciencia infusa de Adán, la desunión actual lo fué de su absoluta ignorancia.

Ni podía ser de otra manera si se atiende á que Dios es la verdad absoluta, y á que no hay verdad fuera de Dios; de donde forzosamente se infiere que aquel que busca la verdad fuera de Dios la busca allí donde no reside, y que el que de Dios huye, huye de la ciencia. Si fuera posible que la verdad existiera en alguna parte fuera de Dios, Dios no existiría, porque habría dejado de ser lo que ha sido, lo que es y lo que será eternamente: la verdad absoluta. Por esta razón, no hay verdad ninguna que no sea una revelación actual, ó que no descienda derechamente de una revelación primitiva. El entendimiento del hombre no es otra cosa sino la facultad de recibir, retener y aplicar las verdades que le han sido reveladas. Es esto tan cierto, que si Adán hubiera sido condenado á perder de todo punto la memoria de lo que se le reveló en el estado

de inocencia, y si Dios en su justicia hubiera suspendido el curso de sus revelaciones, el hombre hubiera dejado de ser inteligente. Lo que la pupila del ojo es sin la luz, eso mismo sería sin Dios el entendimiento humano.

¿Qué mucho, pues, si apartando los ojos de Dios, en donde está la razón de todas las cosas creadas, el hombre sintió ponerse de súbito las tinieblas entre él y todas las cosas?

Dios crió al hombre inteligente y sabio; cuando el hombre se rebeló contra Dios desvanecido por el orgullo, *initium omnis peccati superbia*, Dios en su justicia le quitó la sabiduría, y en su misericordia le conservó la inteligencia; siendo de notar que no es la justicia, sino, por el contrario, la misericordia, la que más resplandece en esta sentencia divina; como quiera que, para dejar al hombre de una vez sin sabiduría y sin inteligencia, le bastaba á Dios permanecer en su tranquilo reposo, dejándole entregado á las consecuencias naturales de su voluntaria desunión y de su voluntario apartamiento; mientras que, para conservarle la inteligencia, es decir, la facultad de entender sus revelaciones pasadas y futuras, necesitó acercarse á él, volviéndosele á unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada.

La pena fué el nuevo vínculo de unión entre el Criador y su criatura, y en ella se juntaron misteriosamente la misericordia y la justicia: la misericordia porque es vínculo, la justicia porque es pena.

Con esto se esclarece algún tanto el misterio de la ceguedad y la ignorancia á que condena Dios á los orgullosos, y de la sabiduría que promete á los humildes: *initium sapientiae est timor Domini*.

El orgullo lleva consigo tres negaciones. El orgullo niega: la propiedad deletérea del pecado y el pecado mismo, la virtud purificante de la pena y la pena misma: la ignorancia.

La humildad, por el contrario, lleva consigo tres afirmaciones. El humilde afirma la propiedad deletérea del pecado y el pecado, la virtud purificante de la pena y la pena: la ignorancia.

El orgulloso con sus tres negaciones se aparta nuevamente de Dios. El humilde con sus tres afirmaciones se acerca á Dios nuevamente. El uno y el otro llevan, aquél en su orgullo y éste en su humildad, su castigo y su recompensa. El primero ignora todo lo que niega. El segundo sabe todo lo que afirma. Por eso se ve que toda la ciencia de los orgullosos es error y vanidad, y que la ignorancia de los humildes es la verdadera ciencia.

Si la Religión cristiana es la única civilizadora, consiste esto, considerándola humanamente, en que santifica y ensalza la humildad. Si Jesucristo atrajo á sí con irresistible y blanda atracción al mundo todo, consistió esto, considerándole humanamente, en su humildad sobrehumana. Si la Iglesia católica ofrece á la tierra el espectáculo de la reunión de los más esclarecidos ingenios, consiste esto, considerándola humanamente, en que es la Iglesia de los doctores humildes.

La Religión cristiana, en su lógica misteriosa y profunda, nos descubre las secretísimas ramificaciones que unen, como á las causas con sus efectos, al orgullo con el pecado; por esta razón, habiendo sido instituída por Dios contra el pecado, está instituída naturalmente contra el orgullo; siendo tal y tan grande y tan invencible la repulsión recíproca del orgullo y del Cristianismo, que ninguno que sea cristiano puede ser orgulloso, y ninguno que sea orgulloso es cristiano. Por la misma razón y por la misma causa son tales y tan grandes y tan invencibles las misteriosas atracciones del Cristianismo y de la humildad, que siempre han andado juntas por el mundo esa divina religión y aquella virtud divina. El Cristianismo guarda para los suyos un galardón que es sobre todos los galardones posibles, y para sus enemigos una pena que es sobre todas las penas imaginables: el infierno, mansión de los réprobos; y el cielo, mansión de los justos; pues bien: el infierno está aparejado para recibir á los orgullosos, y el cielo para recibir á los humildes: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*.

El Cristianismo, para ponernos como de relieve la fealdad del orgullo, nos le ha representado en las criaturas más eminentes entre todas las criadas: en el primero entre los ángeles, en el primero entre los hombres, y en el más poderoso de los reyes: en Luzbel, en Adán y en Nabucodonosor; y para que toda criatura pudiera ver esos grandes ejemplos de la cólera divina, puso al primero en el cielo para que le miraran los ángeles; al segundo en el Paraíso para que le vieran todos los seres vivientes; al tercero en Babilonia, metrópoli del mundo, para que, puesto en aquel altísimo escollo, le vieran todos los hombres.

Luzbel, enamorado de su altísima naturaleza y de su deslumbrante hermosura, olvidó en el desvanecimiento de su orgullo que nada tenía que no le hubiera sido dado; y apartó sus ojos de Dios, que era su lumbré, y su entendimiento del entendimiento divino, y su voluntad de la voluntad del Omnipotente, é hizo armas contra el cielo, y salió al campo contra su Creador, y trabó batalla contra el Señor Dios de los ejércitos, y cayó estrepitosamente de lo alto á lo profundo; y la noticia de su estrepitosa caída fué llevada de pueblo en pueblo, de generación en generación, de siglo en siglo, y de gente en gente por la inmensa voz de todas las tradiciones humanas. Desunido completamente de Dios, en quien todas las cosas estaban unidas, y á quien todas estaban sujetas, Luzbel se puso á sí propio fuera de la creación, y estuvo solo, absolutamente solo, y el orgullo y el egoísmo, y el mal y él fueron una misma cosa. La sentencia que le condenó para siempre es la única en que resplandece sola con siniestro resplandor la majestad terrible del Dios justo, sin que esté mitigada con las suaves tintas que embellecen la cara del Dios misericordioso.

Salió Adán de las manos de Dios lleno de gracia. Salió Eva del costado de Adán llena de inocencia; otorgóles Dios vida dichosa; dióles imperio sobre todas las criaturas; les vistió las ropas candidas de la inmortalidad; puso en sus corazones amores limpios, y los unió estrechamente con vínculos castos. Pero

Adán y Eva, enamorados de sí mismos, aspiraron á remontarse más en sus propias alas, confiados en su propia grandeza, y quisieron ser *á manera de dioses*, con potestad soberana y con soberanía independiente; y Dios apartó de ellos su mano, y fueron lo que sus hijos somos, peregrinos cansados, penitentes que penan sus delitos y lloran sus desventuras. Y los pueblos todos, y todas las razas y todos los ecos de las gentes, están llenos con el ruido de la tradición que va contando aquella gran catástrofe y lamentable tragedia.

Cuando, abiertas las zanjas y puestos los fundamentos de las asociaciones políticas, subieron á lo alto aquellos pujantísimos imperios del Asia, de cuya gradeza están llenas las historias, hubo entre ellos uno que, aventajándose á los demás en nobleza y poderío, fué como cabeza de todos, y dilató su nombre y su fama por el orbe de la tierra. Fué éste el Imperio babilónico, por siempre memorable. Gobernó por algún tiempo esta vasta monarquía Nabucodonosor, rey potentísimo y soberbio; el cual, como contemplase al Asia, que le estaba sujeta, corona del mundo; y después á Babilonia, maravilla del Asia; y luégo á su palacio, prodigio de Babilonia; y, por último, á sí propio señor de lo que era prodigio de Babilonia, de la que era maravilla del Asia y de la que era corona del mundo, desvanecido y loco quiso ser á manera de Dios, y que le levantaran gigantescas estatuas, y que le quemaran aromas, y que le rindieran adoración y cuído las muchedumbres de las gentes. Y sucedió que un día, estando en adoración muda y extática de sí mismo, Dios le sorprendió en el más alto paroxismo de su soberbia; y poniendo sobre él su mano irritada y vengadora, luego al punto sintió el mísero despertarse dentro de sí, y en lo que en él había de más recóndito y secreto, unos como instintos de bestia que iban creciendo, creciendo por instantes, y transformando rapidísima y completamente todo su ser. El mismo potentísimo soplo que había encendido la lumbré de su razón, apagó su lumbré y quedó en tinieblas. Un dedo terrible y misterioso borró en su frente todos sus altivos

pensamientos, una voluntad soberana inclinó sus ojos hacia la tierra, y el que se había llamado señor, fué esclavo de todos los hombres; y el que había sido tirano, fué ludibrio del pueblo; y el que se había apacentado con adoraciones, se apacentó con las hierbas de los campos; y el que se apellidó á sí propio el rey de las gentes, fué apellidado por las gentes el Bruto de Babilonia. ¡Terrible documento de la ira de Dios! ¡Ejemplo pavoroso de los estragos del orgullo en las generaciones humanas!

Hubo en los siglos medios un filósofo consumado en la ciencia escolástica, por nombre SIMÓN DE TOURNAY, el cual, como hubiese tropezado con un argumento que dejó silenciosos y mudos á los que combatían el misterio de la Santísima Trinidad, y esto con grande aplauso y admiración de su numeroso auditorio, fué acometido de repente de tal acceso de orgullo que, traspasando todos los términos de la templanza y de la decencia, exclamó como fuera de sí: "¡Oh Jesús, Jesús! ¡Cuánto me debes por haber sacado vencedora en esta discusión á tu ley! ¡Cuán fácil me hubiera sido dar al traste con ella, con incontrastables argumentos, si me hubiera pasado á los reales enemigos!" Acabadas de pronunciar estas espantables blasfemias; cambia de súbito de color y empalidece; su fisonomía se muda; su semblante se trastorna; pierde la memoria instantáneamente; se le obscurece la inteligencia; y los que habían quedado extáticos de admiración ante su elocuencia y su lógica sobrehumana, quedan mudos de espanto al contemplarle delante de sí caído de su altura, despojado de su gloria y condenado por el Cielo al más estúpido idiotismo.

Por lo dicho se ve claramente cuán cerca anda la ira de Dios del hombre orgulloso, y cuán grande é invencible es la repugnancia que hay entre la Religión cristiana, fuente de toda virtud, y el orgullo, origen de todo pecado.

Es doctrina asentada entre los doctores y maestros de la fe, y verdad puesta fuera de toda duda por la Iglesia, que no teniendo el hombre nada que no haya recibido, nada tiene

tampoco que pueda dar ocasión á su vanagloria y á su envanecimiento, si no es ya que se vanaglorie y se envanezca de ser el autor del mal, del pecado y del desorden. Si el hombre ve, otro le abre los ojos, y el que se los abre se los ha dado; si entiende, otro le despeja el entendimiento, y el que se le despeja se lo ha dado; si practica la virtud, otro le inspira el deseo de practicarla y se la pone delante, y el que se la pone delante y le inspira el deseo de practicarla ése se la ha dado. Dios es el autor de todo bien, así del que está en nosotros, como del que está fuera de nosotros. Dios habla por los profetas, resiste por los mártires, vence por los guerreros, enseña por los maestros, conquista por los conquistadores, edifica por sus santos. Testimonio insigne de esta verdad son sus Santas Escrituras, accesibles para los humildes, inaccesibles para los orgullosos; piedra de escándalo para los soberbios, pasto succulento y sabroso para los pobres de espíritu.

V

DEL LIBRE ALBEDRÍO Y DE LA GRACIA ANTES Y DESPUÉS  
DEL PECADO

Al llegar aquí tocamos á las puertas de un gran misterio, á un mismo tiempo clarísimo y obscurísimo, y tan cercado de escollos que, á poco que la planta se resbale, va á dar con el entendimiento en un abismo profundo; porque, por una parte, la exageración del libre albedrío viene á ser la negación absoluta de aquella gracia misteriosa con que Dios nos solicita y atrae; y por otra, la exageración de la gracia viene á ser la negación de aquel libre albedrío con que movemos nuestra voluntad y determinamos nuestras acciones. Una y otra exageración han sido causa de graves altercados y de contiendas ruidosas, y de herejías lamentables, habiendo sido este altísimo negocio asunto de honda y constante meditación por parte